

DOZE

Ángel Román
LICANTROPÍA EMOCIONAL

Fotografías de Juanma Carrillo



Ángel Román

LICANTROPÍA EMOCIONAL

Fotografías de Juanma Carrillo

DOZE



Fotografía de portada: Enamorándome



Edita: DOZE Magazine
ISSN 2171-8628

Título: Licantropía emocional

Textos: © Ángel Román, 1997/2013
www.angelroman.net
email: angel@angelroman.net
Todos los derechos reservados

Fotos: © JUANMA CARRILLO FONDOS (París, Londres, Taipei, Río, Madrid, 2000/08)
www.juanmacarrillo.com
Todos los derechos reservados

Madrid, España
Primera edición Mayo de 2013

Colaboran:

2046 Asociación Nacional

Colectivo de Artistas Digitales
www.facebook.com/ColectivoArtistasDigitales



Licantropía emocional

<http://licantropiaemocional.wordpress.com>

¿Qué es Licantropía emocional?

Es un proyecto editorial interdisciplinar que trata sobre las experiencias sensitivas, afectivas, sexuales y emocionales de individuos en el nuevo milenio.

Juanma Carrillo, director de cine y fotógrafo, y yo, Ángel Román, productor cultural y escritor, hemos combinando nuestras disciplinas (imágenes y palabras) de forma que amplifique el contenido de nuestra idea en varias direcciones.

¿Cuál es su OBJETIVO?

Es un proyecto que está pensado para ser 100% digital, registrado con licencia Creative Commons, e ideado para ser transformado/repensado/recreado/modificado por otros artistas, de tal manera que la obra adquiriera significados y matices distintos al original.

De esta forma Licantropía emocional será al final una OBRA COLECTIVA, con un eje temático infinito, co-creada, y mutante en sus formatos (textos, fotografías, grabados, pinturas, piezas audiovisuales, vídeoarte, narrativa, poesía, etc.).

Un proyecto ideado para que sea transmedia, donde se pueda ejercer una verdadera libertad creativa y practicar una innovación cultural, en un mundo donde personalmente, yo apuesto por un tipo de conocimiento compartido y cultura libre.

¿Quién puede PARTICIPAR?

Licantropía emocional empieza con un libro, pero sigue en Internet con la participación de tu voz y tu talento.

Si tienes algo que contar, mostrar, reflexionar, decir, etc. puedes hacerlo en <http://licantropiaemocional.wordpress.com/>.

“Si uno no dejase nunca nada ni a nadie, no tendría espacio para lo nuevo. Sin duda, evolucionar constituye una infidelidad..., a los demás, al pasado, a las antiguas opiniones de uno mismo. Tal vez cada día debería contener al menos una infidelidad esencial o una traición necesaria”

Hanif Kureishi, “Intimidad”

Índice

Introducción: Acoso y derribo de la melancolía del hombre moderno

1. El vuelo frustrado de Ícaro
2. Dédalo no dejes que muera
3. Cuando recordé que te quería
4. Dualidad
5. Aeropuerto
6. Si tan solo vivieras
7. A sangre fría
8. Imagen latente
9. Entre la realidad y el deseo
10. El crepúsculo de un suicida
11. La dulce vida
12. Carne
13. Final del juego
14. Idolatrías y demás enseres
15. La conquista del espacio
16. El principio
17. Lo mejor de mí
18. Liquidación por reforma
19. Over the Rainbow
20. Primer día
21. Si vivo es por ti

Introducción

Acoso y derribo de la melancolía del hombre moderno

Adentrándonos en un nuevo milenio, donde la crisis económica designa un tiempo y un espacio afectivo y emocional centrado en la oscuridad de unos individuos, cuyo pesimismo se ha posicionado como telón de fondo y en el que las relaciones se atenazan en la incertidumbre de lo efímero; es necesario replantear un eje temático que revitalice el optimismo que nos han robado en unas coordenadas más positivas.

Siempre nos han dicho que amar es un valor positivo, que es importante para nuestro capital existencial. La idea de amor romántico se ha extendido como peste desde el siglo XIX por todo Occidente. Algo imparables e inigualables “morir de amor” porque parece que hace sublimar nuestra realidad más allá de lo superficial.

Licantropía emocional es un conjunto de relatos de ficción que pivotan en las relaciones humanas. Son palabras que azotan sensaciones, aproximándose a esa capacidad que tiene cada individuo de superarse en cada derrota/conquista de acercarse al otro.

Es un intento de profundizar en el lado oscuro de lo que no se cuenta, recreo escenarios que desmitifican el concepto amoroso en Occidente, para detectar que con el alumbramiento de este existe algo de nuestra personalidad que se desvela (para bien o para mal).

Estamos preparados (educados) para amar, pero ¿nos han enseñado a encajar el desamor en nuestras vidas? Verdaderamente el deseo y la sexualidad habitan en nuestra personalidad, aspectos que con el amor romántico y platónico no se dejan ver. Enganchados a la adición del sexo y a las carencias emocionales, “amar al otro” representa en muchas ocasiones una búsqueda incesante de identidad. Señalando en muchas ocasiones una inteligencia emocional nula o detectando deficiencias en nuestra personalidad que se intentan suplir en nombre del amor.

Consciente de la propia animalidad que forma parte del tejido humano, disecciono en todos los relatos las múltiples vertientes de las distintas variantes de acercarme a las relaciones emocionales que se establecen en las sociedades modernas.

Amar tiene su lado satisfactorio, recobra vitalidad existencial a la par que preserva el lado humano, el cuidar unos de otros. Amar nos cambia por implosión de nuestra individualidad. Nos eligen o somos elegidos. Pero de lo que se trata es de explorar territorios que hacen salir al animal que llevamos dentro.

Somos animales humanos, racionales e irracionales. La voluntad vive eclipsada entre la pasión y el deseo, la coherencia y el interés, la angustia por no estar solos y el anhelo de compartir.

Pero indudablemente las diferentes formas de amar o relacionarse con el otro, nos brinda el cambio, la transformación, nos hace distintos y nos obliga a mirarnos de manera diferente.

Licantropía emocional apela al sentimiento del deseo de amar, para corroborar la necesidad intrínseca en lo humano por querer.

Relatos que buscan la huella de ese pensamiento perseguido e intentar ofrecer respuestas convincentes.

Desde un punto de vista narrativo se utiliza la primera persona, para que se tome el punto de partida del narrador, a la vez que se instala un subjetivismo premeditado.

Antropológicamente hablando se entiende las relaciones de pareja en Occidente sobre conceptos basados en la fidelidad y la monogamia, incluyendo la exclusividad y la pertenencia a una única relación sexual.

La forma de relacionarnos se ha visto alterada de manera radical desde la década de los sesenta. Las relaciones de pareja y el matrimonio aspiraron a diluirse en una libertad personal e individual.

Ahora se añora la aventura y el hedonismo como fórmula para el desapego emocional. Pero, por otro lado, la conquista de la libertad y el desmantelamiento del concepto tradicional amoroso en las sociedades hipermodernas han abierto una brecha profunda, al entender el sexo como una manera de ver la exploración emocional, sin estar vinculado a una persona/relación, cuyo precio es el aumento de la soledad. En otras palabras, se aspira a ser independientes, pero también estamos más solos (o por lo menos nos sentimos más solos).

Ahora bien, dependiendo de cómo se negocie emocionalmente con la otra parte, el resultado puede ser desolador o esperanzador.

Allí donde hay belleza, existe menos dolor. Esta es la única certeza que se puede aplicar para detener el miedo y la tristeza que salpican en estos tiempos de melancolía generalizada. Porque la belleza es una expresión que no aspira a nada, solo a ser contemplada, sentida y verbalizada.

Amar es un acto de belleza. Es el momento de follar, querer, emocionarse, enamorarse, seducir y combatir el dolor aumentando tu dosis de belleza.



El vuelo frustrado de Ícaro

Fotografía: L'Amant inconue

A lo dieciséis robaba coches en garajes, a los veinte atracaba bancos, a los veintiuno ingresaba en el trullo y a los veinticinco me vi morir, creo, en una esquina de la conocida calle madrileña de Gran Vía. Sin nombre, sin documentación, solo y puteado, fui atropellado por la vida aquel día, un 31 de diciembre de 1980.

Asesino, ratero, marica, ladrón, eran mis apodos predilectos. En la cárcel traficaba con mi culo al mejor postor, convertido en chaperero carcelero vertí chorros de semen a cambio de plata. No me vendía caro comparado con el precio de esa mierda que me metía, heroína la llamaban.

Volaba por subterfugios de placer inundado de mierda existencial, pero la droga fallaba en sus intentos de poner en marcha la hélice. Fue una vida repleta de miedos y terrores, una ruleta rusa con balas en todos los huecos del cargador.

Yo solo disparé, lo demás fue un viaje vertiginoso hacia el abismo de lo desconocido, primero un simple robo, después el juego persiguió la avaricia y ésta me acorraló a mí.

Se estarán preguntando los lectores ¿qué puede decir un hombre de tan poca edad a la vida? Pues no lo sé ¿y tú?

Yo soy el hijo de esa sociedad que lleva en sus brazos las marcas del nihilismo, del desarraigo, de la desazón, de la frustración. Soy la enfermedad, el parásito que produce el virus psicopatológico, líder de una generación que juega con la ansiedad de vivir al límite.



Dédalo no dejes que me muera

Fotografía: No puedo explicar el deseo que siento

Dédalo no dejes que vuele, porque me estrello; perdí el rumbo al nacer, hoy desorientado exhalo mis últimos pensamientos en ti, gracias por dejarme ser todo. No obstante, mientras yo obtenía la libertad a través de la muerte, tú permaneciste a mi lado protegiéndome.

Ante el temor de sucumbir en lo desconocido subes a un rasca-cielos para contemplar tu propio suicidio. Subiendo las escaleras imaginas como iba a desparramarse tu sangre por la calle, litros de células invadiendo el asfalto sucio, recorriendo los recovecos de las baldosas. Bonita imagen que nunca veré. Moriré antes.

Tu pelo se mueve con gracia, un aire cálido te impulsará en la caída. Pero no caes porque en tu mente las cosas no ocurren de verdad, son solo sueños que proyectas con tus fantasías latitudes de imaginación no verídica, edificio monumental de tu vida. Ahora ya puedes ver tu propio desplome emocional.

Inducido por alguna nave no identificada caes en las redes de algún marciano estelar; entre barras y estrellas te ves instalado en el Empire State Building.

Un alienígena sin sexo que quiere casarse contigo, juega a sortearte a las cartas, tú pierdes y él/ella gana. Así que tu nave despega hacia algún agujero negro, como uno de tantos en los que te gusta esconderte.

Un hijo verá la luz de un amor imposible y no deseado, no obstante, tu mundo de ficción persigue ninfas invisibles. Una luz inacabada en lo infinito del espacio despliega un halo de infinitas luciérnagas. Por equivocación una de ellas va a parar a tu estómago. Allí dentro el pobre animalito enciende su candelabro, desde la oscuridad de tu interior busca algo para comer.

El insecto se ve morir hasta que encuentra en tu pútrido cuerpo un olmo seco y hendido por el rayo y en su mitad podrido. Tan grande

es allí la comodidad p rfida de tu ser que la luciérnaga se agazapa para el resto de sus días. Mientras tanto, tu eres feliz porque piensas que existe una luz que te impulsar  a vivir. Aún así, la magia de tu vida está contada como las hierbas de tu olmo seco.

El alto rascacielos ya no significa nada para ti, claro ahora tienes tu propio sol para ti mismo. Insaciable y alienado sacrificas tu cuerpo en honor a tus fantasmas espectrales de tus temores.

Y sin embargo, la luciérnaga te indica el camino de tu destino, dando gracias a algún demonio de tus entrañas, imploras por saber que su luz te conduce a las tinieblas de tu propia locura.



Cuando recordé que te quería

Fotografía: Tu placer es mi dolor

Emocionado con volver estoy, ya se, solamente es un instante el que deseo, pero me basta para calmar mi ansiedad. El tiempo no sirve para alejar a la gente, sino lo contrario. Regreso a ti porque significas todo para mí. No se donde ir cuando me alejo, soy una brújula maldita cuyo rumbo siempre se fija en ti. No se demostrarte que te quiero, las palabras no son suficientes, ni los actos, ni nada, solo mi presencia puede darte esa sensación.

Vuelvo a ti, cariño. El destino nos separó y con ello obtuvimos el exilio, por enésima vez nos preguntábamos qué significábamos el uno para el otro.

Las oportunidades nunca vienen, se toman; cogí el primer vuelo más directo hacia ti, el más temprano, no quería esperar ni un día más. Tú no sabes que inmensidad me espera el aterrizar en brazos de alguien que te ama. La frialdad, la violencia y la soledad casi me hacen olvidar lo que significa que te quieran.

Ya no hay razones para odiar, se odia lo que más cerca tenemos, lo que más se parece a uno mismo, y nosotros empezamos odiándonos para terminar amándonos. Ya no habrá más noches envuelto en sábanas frías, ya no habrá nada que me separe de ti. Ni el viento ni el mundo podrán separarnos, lo que Dios ha unido que nadie lo separe, dijo alguien.

Ardo en pasión por abrazarte, por sentir tu pelo acariciándome la piel. Quiero aniquilarme con tu amor para nacer de nuevo otra vez, así podrás perdonarme por el tiempo transcurrido.

Veo a tu rostro como se acerca, siempre tan nítido, no hay tiempo visible que te delate, bloquéame con tu espacio, hazme vivir toda la vida que me he perdido sin estar contigo.

Alejado de ti, reprimiéndome de amar, porque no sabía como

amarte, era tan vulgar comparado con tu admiración. No puedo morir de amor, eso es imposible. Ahora tu vida se precipita hacia la muerte y justamente en estos instantes me doy cuenta de que tú me has esperado. No he podido mantenerme a la misma altura que el cariño que me dabas, te resignas con una leve sonrisa, pero eso no era suficiente para ti. Tú necesitabas más, por eso ruegas a Dios que te lleve con él, porque vivir sin amor en este mundo es cruel, no es humano.

Recordé que te quería cuando entré en la habitación del hospital, tus ojos persiguieron mi cobardía hasta lo más profundo de mi alma. Te vi tan frágil.

Vuelvo a ti, pero esta vez para quedarme.

Esta vez jamás me separaré de ti, no habrá dudas ni miedos, solo tú. El resto del mundo no se merece esperar mientras tú me necesites. No me culpes por no saber quererte, a veces mi cobardía me ciega.

Las cosas que más se quieren son las que no se dicen que se aman.



Dualidad

Fotografía: Reflejos 1

Querías finalizar tu vida con una sobredosis, no obstante tu grado de adicción no alcanzaba para ahogar las cavidades venéreas. Los espasmos de sufrimiento no remitían, tu ser invadía alturas celestiales; sintiéndome borroso buscaste la nitidez de tus problemas. Niebla, niebla y más niebla azotaban tu cuerpo como látigos a Cristo, solamente hundido en el más repugnante abismo divisaste el peligro de vivir y de morir.

¿Por qué aceptaste vivir cuando lo que realmente deseabas era morir?

No me reproches que fuera por mi culpa.

Te encontré en el suelo con una camisa subida y sangrante mientras mirabas hipnotizado esa bóveda cromada de tu cuarto. Yo absorbido por un miedo brutal intenté llevarte ese aire, que tanto necesitabas, a tus pulmones adictos de vida.

Tánatos esquivaba mis frustrados pasos de avanzar hacia tu realidad, para curarte remaba con tal fuerza que mi frustración me condujo a derramar lágrimas en un torbellino de pasiones ocultas.

¡Vive! ¡Vive! Repetía insistentemente. La laguna Estigia era eterna, extensa, prolongada, dantesca. Fue un llanto de amargura lo que derribó ese muro letal. Un vómito expulsó a Tánatos abruptamente, sus consecuencias asesinaron la muerte por unos instantes, o por lo menos ese día.

Tu huida de la vida solo podía significar determinar mi ocaso, yo soy hasta cuando tú digas basta. Si te conviertes en polvo, yo seré ceniza. Alma gemela no desfallezcas aún, que yo no tengo razones para dar un paso más lejano del tuyo. Hermano, ¡maldita sea!, ser que completes el círculo de nuestro universo de soledad, no aniquiles la única esperanza de pertenecer al mundo de los vivos.

Por tu boca se oía el eco de tu corazón que se resignaba a sucumbir a tu oscuridad, un olor excremental no impidió aferrarme a tu cuerpo.

Necesitaba abrazar a la carne orgánica que alimentaba mi espíritu. Mamá tenía razones al decirnos que éramos como un alma dividida en dos cuerpos. Ante tal antagonismo, tú siempre te has creído más independiente que yo, por ello tu desdicha tenía una fortuna poco agraciada, mezcla de rencor y rabia. Lo cierto es que tanto el uno como el otro dependíamos mutuamente, ¿no?

¿Cómo se puede amar a una persona sin amarse primero a uno mismo?

Nuestra unidad llegaba a rebosar los límites de lo natural. Sentíamos lo mismo, pensábamos igual, e idéntico era el amor que nos profesábamos. No se por qué la naturaleza nos había separado.

Te llevé al hospital. Allí, conmocionado, te vi alejarte, inhalando bocanadas de un oxígeno que no podrá aliviar tanto dolor como el de un pez cuyo río se ha secado, así como un Jesús tendido a los regazos de María te doné en brazos de aquel anónimo doctor. Su mirada desveló mis temores. Ni tubos emulando venas artificiales acertaron para dar blanco en tu vida.

Tres días bastaron para encerrarme con tu cuerpo en el mismo ataúd.



Aeropuerto

Fotografía: Ellas

Tu voz me resulta extraña por el tiempo y por el recuerdo. Una imagen pasada y maldita que se percibe contemporánea hoy gracias a tu presencia. Quiero dudar de mi odio, no dilatar un sentimiento para luego empequeñecerlo, deseo borrarlo, comenzar de nuevo, aniquilar infinitamente los rencores del ayer.

Un ligero beso en la mejilla me infunde temor, el retomar a las disputas eternas no merecía la pena. Contuve las ganas de decirte cuánto te quería, el silencio fue la más acertada respuesta a nuestro encuentro.

Pasajeros de idas y venidas perfilaban nuestro contexto, maletas repletas de sueños embarcaban en el bullicio del aeropuerto. Cuando un avión despegaba, otro aterrizaba.

Tú y yo somos como uno de tantos viajeros que se reencuentran en una sala de espera. No te creas especial. Tú para mí ya no significas nada, te olvidé en el mismo segundo en el que salí de casa. No había razones de peso para permanecer en un lugar inundado por el desamor.

Las palabras que circulaban en mi oreja se atrincheraban en la vieja memoria de una historia frustrada. Un requisito importante para comunicarme contigo y poner fin a nuestra relación. Pero me era imposible expresarme. Tenía una sensación extraña, idénticamente como un valle sin eco, igual que un humano sin sangre, que sirve de refugio a unos personajes que parece que les falta algo.

Es una despedida, efectivamente. Adiós.



Si tan solo vivieras

Fotografía: La mujer que esperaba ser abandonada

6

La muerte no es solo una cuestión de dolor.
La muerte es un silencio en plena vida.
La muerte es la huella borrada de tus pasos.
La muerte es un pasado.
La muerte no es una oposición a existir.
La muerte no es solo recuerdo.
La muerte eres tú, animal humano.
Porque no llueve eternamente.
Porque lo perdurable es algo ficticio.
Porque hoy estoy vivo, y mañana quizás no.
Hoy tu aliento me conmueve, mañana me ahoga.
Carnicería silenciosa de balas y espadas.
Camino de batallas misteriosas.
Jauría caníbal de seres racionales.
Paso firme ante la indecisión.
Asesina aunque no mates.
No reproches oportunidades malditas.
Dispara o muere.
Acertar en el blanco es cuestión del destino.
¿Por qué avanzas hacia la muerte? ¿De qué sirve?
Soy yo, tu muerto.
Sangre, sangre.
Semen, semen.



A sangre fría

Fotografía: El superhéroe americano

Un increíble chorro de sangre recorría las dunas de la piel de mi cara, un diente saltó precipitado hacia el suelo terroso cuando una pistola se introdujo bestialmente por mi boca.

Estaba aislado en una casa en los suburbios cuando unos rayos de sol impactaban en mi cara, eso era lo único que podía percibir ya que mis ojos emanaban cual pústulas de pus y gangrena de un boxeador. Ciego de violencia contenida, dispuesto sobre una silla y acorralado por la presión de una sogá, me vi sumergido en una realidad aplastante.

La pistola en mi boca, la sangre y las heridas formaban parte de esa realidad gestada en la más pura postura de misericordia. No era ficción, era una realidad que rozaba lo patético. La retina acumulaba la ira hacia mi opresor, no sentía nada en especial, tan solo una quemazón por toda mi espina dorsal.

Invocar a Satán no servía. Su presencia potenciaba en mí una fuerza inusitada, me revelaba mis más intensos instintos asesinos, caníbales, él era el impulsor de mi violencia.

Un chasquido del gatillo hizo que me sobresaltara, falsa alarma. La calma acuchillaba lo sobrante del tiempo, así segundo a segundo me mantuve con idea de mantenerme vivo, cosa que no dependía de mí, sino del tipo que sujetaba la puta pistola.

Quería follarle vivo, degollarle, desparramar sus tripas como una hiena carroñera, deseaba acabar triturando el corazón de ese hijo de puta.

Frente a frente sus ojos formaban una autopista de hielo hacia los míos, el perdón era una palabra que no aparecía en mi diccionario.

Alguien dijo “más vale morir de pie que vivir arrodillado”, por ello no me acobardé y le asalté sobre su oreja, lo mismo que un león hambriento en tiempos de sequía animal.

Azotó mi cara con idéntica seducción que lo haría un sadomasoquista. A cámara lenta mordí su oreja con los dientes y mi cara rota quedó como un parabrisas después de un accidente. No lo conseguí.

Siguió pegándose durante horas, no las llegué a contar, lo único que pude contabilizar fueron los dientes que iban arrinconándose bajo mis pies. Las heridas eran cada vez más abiertas, ventanas visibles de un mundo orgánico poblado de fragilidad humana. Tenuemente sentí que la vida me pedía permiso para explorar la muerte, en tales condiciones no tuve otro remedio que liberarla, y en ese preciso momento una bala atravesó mi cráneo.



Imagen Latente

Fotografía: We Cannot Stop Looking In London

Divisaba una mañana amenazadora a través de la ventana del despacho, había abandonado por unos minutos mi trabajo. No paraban de venirme recuerdos a la mente. Tomé un sorbo del café frío dejado por mi secretaria tiempo atrás -sentí escalofríos-, con la mirada iba recorriendo todos los lugares insospechados de la calle.

Revisé el correo e inmediatamente comprobé que una de aquellas cartas era diferente al resto, no pertenecía ni a mi exmujer ni al banco. Esa extraña configuración postal, cuyo matasellos no era de la ciudad, me hizo sospechar en un nuevo casamiento de alguno de mis amigos de la universidad. Supe la gran amenaza que repetidamente me envolvía, era un suspiro emocional que me saturaba los estímulos de mi corazón. Abrí con sumo cuidado aquel insignificante papel, e intenté sumergirme en él.

Sonaba el teléfono, esperé hasta el cuarto timbre.

Descolgué.

Alguien dijo mi nombre, pero apenas lo pude percibir. Su voz la sentía cercana, incluso familiar. Sus susurros eran como rugidos aterciopelados, muy bruscos aunque algo tímidos e intranquilos. Era Javier, mi compañero de habitación en la universidad; la llamada, sin duda indicaba el anuncio de su próximo matrimonio con Maite.

En ese preciso instante tuve la necesidad de gritar lo inconfesable y de encontrar otro temor más a mi vida.

Vacilé unos segundos antes de confirmar mi asistencia a la celebración. Contesté con una afirmación bastante seca, casi vacía en emoción.

Ir a esa maldita boda significaba retroceder al pasado. Un tiempo complejo, feliz pero siempre infectado de amargura. Seguidamente un recuerdo de mis tiempos universitarios me sobrevino a la memoria

a toda velocidad, no pude contenerlo. Era una imagen nítida, con características propias del cine, latía con fuerza en mi interior. La impresión era muy plástica.

La lluvia azotaba todo el edificio, me desperté cuando la tormenta empezó a descargar su mala leche.

Salí de inmediato de clase para ir al entierro de mi madre en un pueblo casi inhabitado, cuya más significativa singularidad era el polvo en sus carreteras en verano. Pero hoy la lluvia borraba este recuerdo de la infancia para trasladarme a otros tiempos del pasado.

Mi madre había muerto, y su pérdida me hacía sentir como Humphrey Bogart cuando se despide de Ingrid Bergman en Casablanca. Dolido hasta las entrañas y sin fuerzas, así me sentía. A pesar de haber estado dos días lloviendo, cuando regresé a la universidad la lluvia continuaba. Entré empapado a mi cuarto del Colegio Mayor, Javier me recibió con un fuerte abrazo.

Cansado, me desnudé para darme una ducha rápida. Observé, por descuido de los espejos, la sombra de Javier en la puerta del baño. Sus ojos devoraban mi cuerpo, no era la primera vez que lo hacía, pero no me importaba en absoluto. Me gustaba la idea de pensar que excitaba a otras personas. Esa noche no se limitó solamente a mirar. Se acercó y me besó. Confundido le pregunté que por qué lo había hecho. Su silencio fue sabio.

Quererte. Contestó.

Verdaderamente ese era el día más apropiado para que alguien me quiera. El sonido de la gran urbe terminó abruptamente con ese recuerdo. La hora de comer se acercaba, así que decidí irme un poco antes de la oficina para reflexionar sobre el cambio de orientación sexual de Javier.

Nunca puse en duda mi sexualidad por aquel motivo, pero algo en mi interior indicaba lo contrario. Un deseo ferviente me obligaba a detener su boda. Era enloquecedor saber que jamás le iba a tener cerca de mi piel. Expirar todo su olor hasta saber que su presencia fuera delatada por mis pulmones.

Bajé al garaje, arranqué el coche y enseguida alcancé los 130 km/h. El único destino marcado era evitar la celebración marital. La salida de la gran ciudad fue fulminante, el silencio de la naturaleza invadía la neblina que comenzaba a caer sobre el parabrisas. Los tres carriles de la autopista estaban saturados de gente solitaria, viajeros que se dirigen hacia ningún lugar, semejantes a mí.

La espesa bruma cegó la visión provocando un accidente. La tarde nebulosa y gris como el metal me hicieron traspasar a otro lugar, quizás demasiado conocido, ubicado entre los libros de Freud y Lacan. Alguien decía; despierta, despierta.

Por lo visto no era el efecto del suero, tumbado en posición vampírica vi a un hombre de bata blanca, su cara tenía aspecto familiar. Ahora comprendía, era mi psicoanalista. Seguidamente el doctor declaró que había entrado en la aventura de un mal sueño, objetando como análisis final que el subconsciente nos hace suponer una doble identidad sexual, cuando la inseguridad producida por la ruptura conyugal establece dos mundos, uno el afectivo y el otro el emocional. Ambos muy sensibles a cualquier reacción externa de amor, confundíendola.

Aquella explicación no me convenció del todo. Y desde ese día cambié de psicoanalista.



Entre la realidad y el deseo

Fotografía: El amor es un conjunto de arrugas

Tengo 16 años y mi vida gira entorno a Marilyn Monroe y James Dean. Con un sentimiento de hastío, vago por las calles con la esperanza de encontrar alguna otra estrella que me ilumine, hasta la fecha no he tenido esa suerte. Desearía llenar mi vacío con lo que les sobra a otros, recoger sus escombros y edificar una luz que me ilumine.

Mitómano empedernido practico el sexo conmigo mismo, pero siempre solo. Tanto ellos como yo somos una especie de princesitas tan cercanos a la gente como lejanos. La verdad es que prefiero la soledad antes que fusionarse con la masa. La monotonía impide a mi imaginación construir el palacio de mi aislamiento, bien sea por mi madre o por mi tutora; ellas tejen la manta que me hace ver la realidad.

Fantaseo entre las piernas de Marilyn, entre sus escotes, su cabello, su perfume olvidado en su almohada, ella me hipnotiza haciéndome sumergir en lo más profundo de mi erotismo. Soñaba con un futuro juntos, ella y yo casados; ella con su fama de mujer frágil y un servidor, con la visión atrofiada de la vida, aunque mi abuela, que jamás se confunde, me decía entre susurros que los proletarios pueden soñar, pero el sueño nunca se cumpliría.

Este diario me sirve para saber que estas palabras han salido directamente de mis pensamientos y no de mi ser que las invita, es lo que hace ser quien soy y no otro.

Sobre la cabecera de mi cama muchas noches percibía la sombra de mi Marilyn acercándose. Ella palidecía mi piel hasta hacerla presa del placer, tocándome cada rincón corporal hacíamos el amor en silencio, no hablábamos.

El silencio no era deseado sino simplemente que ni ella entendía mi idioma ni yo el suyo. Así que, a falta de comunicación buen remedio era el no decirse nada, dejábamos que los fluidos sexuales se comunic-

aran con su lenguaje universal. Noche tras noche en un sinfín de quejidos infinitos.

El sexo es como un ladrón, cada vez queriendo acaparar más. Hoy no ha venido a mi lecho. Noto que algo se ha desvanecido, seguramente fue por culpa de James Dean, me la robó en un descuido. Las huellas de su Little Bastard le delatan. Apareció su coche enfrente de mi casa y esperó a que las sombras ahogaran la luz para apoderarse de la mujer que no habla mi lengua, pero sin embargo, me amó. Era demasiado coche para tan poco barrio.

Fue ese James Dean vestido de negro, fumando como un conquistador cosaco y paseando por una calle encharcada de incompreensión, quién me robó del mapa imaginario a mi rubia. ¿Quién hubiera pensado que una vulgar foto colocada en la puerta de una habitación pudiera sustraer tantos sueños?

Esta noche Marilyn no me ama porque seguro que él encendió su pasión en mi ausencia, seduciéndola en la misma cama donde ella y yo saciábamos nuestra carne, aprovechando el momento cuando no estaba.

Oigo pasos que se acercan. Alguien abre la puerta y me dice buenas noches, no es Marilyn, era mi madre.

Esos pasos se alejan al mismo ritmo que el motor de James Dean.



El crepúsculo de un suicida

Fotografía: Agua, velas, tabaco y tú

El continuo devenir del agua, ecléctico ritmo sonoro de gotas de agua del grifo, me puso la piel volcánica. Había en el clima cierto atrevimiento al proyectar una idea surgida más bien del corazón que del cerebro, primero por profetizar cierto placer al pensar en el cuerpo como forma débil que retiene líquido sanguíneo; y segundo, por la contradicción existencial de expulsar mis venas por ese embalse de espuma y sudor mezclado con la cerámica del baño.

El dolor se precipitó vertebralmente, costilla a costilla iba poniendo un sinfín de melodías inquietantes. Extendido de manera fetal ignoraba la propia vida para adentrarme en los brazos de la muerte.

Ese baño ridículo, amanerado y repleto de complementos rodeaba un ambiente carnalesco. Todo se burlaba de mí. Un océano de sentimientos encerrados por una bañera delimitaba mi apatía kafkiana. Símil de trinchera que servía para proteger la inseguridad imperial de un famélico.

Algunas personas no son conscientes de su propia soledad, por eso no viven en soledad. Otras en cambio, la padecemos como peste negra cubriéndonos de una espesa lepra visible en cada una de las partes de nuestro rostro, de nuestro ser; resumiendo, en nuestra vida de adanes.

Ya no había cipreses que prologaran con su sombra una paz que tanto necesitaba. Atenté contra mí, envenenando los sueños con mi propia sangre. Era algo prohibido, sin embargo me embarqué en una cruzada especial, germen de una imposibilidad por aniquilar esta absurda apatía.

Mi sangre se arremolinaba en el desagüe, semejante tronado de pasiones burlaron el tiempo con recuerdos del “El mago de Oz”.

Fue Dorothy quien gritaba entre llantos:

¡Quiero volver a casa!
¡Quiero volver a casa!
¡Quiero volver a casa!

Acertadas palabras para el arrepentimiento, pero ni yo tenía los chapines de rubíes ni futuros a los que llegar.

Compré un billete de ida a casa, pero no de vuelta.

Es el momento antes del momento.

Descarté mil maneras de vivir, otras tantas de amar, es más; incluso me autoconvencí para cuestionar mi realidad. No había nada mejor como negarse a aceptar lo que se te ha ofrecido.

Iniciaba un viaje corpóreo, mi mente envuelta en oxígeno y agua achicaba una genealogía venérea incontrolable, era carne volátil, dividida en milésimas células.

No sabía si Dios me iba a permitir el acceso, lo único palpable fue que mi vida se debatía estoicamente, de igual manera que lo habían hecho los elefantes de Aníbal cruzando los Pirineos para combatir contra los romanos.

Avión sin piloto, atmósfera sin aire, alma sin cuerpo.

Una soga rugosa envolvía ese sufrimiento que embargaba mi karma oscurecido por una plaga de termitas, postergando mi organismo hacía el vacío intuía que esa escena ya formaba parte de las representaciones de los sacrificios aztecas. Gente con las manos en alto aullaba de manera satánica.

¿Solo?

Levitando entre dioses y mortales me encontré mudo de impaciencia por derramar mi agonía por el país de la civilización. Un temor infinito se apoderaba de mis instintos, la soledad, presurosa también tomó parte del botín. Ambos como piratas se aliaron con artillería pesada, pólvora y balas para amenazar a mi isla.

Atenazado ante la idea de compararme con Robinson Crusoe convertí los lazos que me ataban a un presente desvanecido por un vasto horizonte.

El desagüe terminó lo que yo comencé al absorber vampíricamente el agua y mi sangre. Ahora las tuberías formarían mi nuevo ejército de venas que tanto estaba necesitando.

Mi país entró en guerra y con ello fusiló la última esperanza de vivir.



La dulce vida

Fotografía: Milk

En un breve desencuentro de un día cualquiera ellos discutieron sobre los problemas en su relación emocional. Ni él ni ella llegaban a un solo punto en común. Ambos compartían la misma cama, pero con distintos sentimientos.

Una habitación sin presencia que han adquirido con el tiempo a base de colocar cuatro muebles que refleja la precariedad sentimental de la pareja, una vulgar lámpara comprada en unos grandes almacenes cede paso a una cristalera de diseño barato para el escritorio. Ropa interior femenina colgada en el picaporte de la puerta y unos calzoncillos debajo del tocador daban un toque sexual al dormitorio, repleto de noches desfogadas por puro compromiso.

Formaban un matrimonio anquilosado en la barrera de lo nuclear. Uno al otro alternaban miradas pasajeras, rasgadas. Espalda contra espalda, sus voces tenían desde el comienzo de la mañana una oposición; ya no había placeres con que deleitarse.

Puede parecer increíble escuchar a dos muertos follar; no obstante, más increíble es acostarse con una persona que no amas. Es un ruido estrangulador, metálico, muy mecánico y premeditado, primero un quejido después un placer fallido. No hay revelación ni epifanía, ni tan siquiera una mínima expresión de emoción humana.

Un amor que da todo y no recibe nada. Ellos tenían ese tipo de relación distendida y amarga a la vez.

Ellos sí se querían, pero no se comprendían. Sus auras despedían millones de estrellas sin darse cuenta, en cambio la oscuridad azotaba a sus vidas.

Como un día encantado con sus brujas y sus duendes, su relación se escindía.

La mentalidad de Ana recorría riveras abismales, su mente proyectaba un horizonte no lejano, su pasaporte a la libertad. No es

que estuviera presa con él sino que se sentía atada e incómoda hacia él, que ni ella misma podía explicarlo. Manuel, un analfabeto emocional de cartilla, distorsionaba su intelecto entre fragmentos mal aprendidos de películas clásicas.

Él era un tecnócrata convencido con fuerte ataques de irracionalidad, la contrariedad era la mejor característica para definirle. Serio, completo y simple a la vez, hacia introspecciones fílmicas a su repertorio emocional para mimetizarlas y hacerlas suyas. Buceaba en un mundo onírico, de recuerdos y vivencias ajenas para conseguir un arranque vital que jamás intuía que pudiera tener.

Lo más cercano al dolor que conocía era las pulsiones de una cámara de cine en una sala a oscuras, simulación de un cuadrilátero ficticio. Como ser híbrido de espectros e inyecciones de realidad, Manuel vagabundeaba por su oficina de 9 a 14 y de 17 a 20 horas, de lunes a viernes, constante rutina que le volvía loco.

Hoy era domingo, y como tal, Manuel y Ana descansaban. El tiempo soslayaba toda responsabilidad, aproximándose al culmen de lo paradisíaco cotidiano, pero el espacio de la pareja se derramada por universos desconocidos.

Como si de dos satélites se tratase, navegaban por un cosmos paralelo e infinito, sin riego, sin vida, sin oxígeno. Su único refugio era el silencio, cuyo mensaje dice más que mil palabras. Son ellas las que mienten, las que hieren; sin embargo, el silencio ofrece verdades indiscutibles.

Formaban un verdadero contendor de basura repleto de mierda histórica, con sus odios y rencores.

Uno no se da cuenta de que lo finaliza hasta que ha acabado.

Sus cuerpos describen dos formas plásticas, dos látigos verticales como mástiles ferrosos: fríos, cromados de distancias orbitales uno del otro. Tanto Manuel como Ana dibujan sensaciones aéreas, volátiles que en tiempos mejores incendiaban pasiones quemadas por el desamor. Cuerpos que ya no detienen la línea del tiempo para contemplarse, simplemente producen indiferencia.

Manuel tenía ganas de hacer el amor a su mujer, pero al pensarlo otra vez concluyó que el mero hecho de ser tangible, real y repetitivo era un síntoma de que el matrimonio no funcionaba con normalidad. Siempre él iniciaba la relación sexual.

El temor a lo desconocido le impulsaba a arrinconar sus sentimientos. Jamás con tanta incomunicación se habían dicho tanto. El cráter de sus vidas era visible hasta en la cama, separación que debían

compartir con lo diario, alejados uno del otro veía su ruina dolorosa del desamor, aunque ninguno se atrevía a mencionarlo. Un finiquito que inundaba ríos sangrientos de tristeza y nostalgia de tiempos mejores. Pero Manuel y Ana luchaban por encontrar en sus inequívocas soleadas un punto de unión.

Dos personas atadas compartiendo la misma frustración, incompatibles como pareja marcaban su intimidad con heridas cercenadas de dolor. Es cierto que se intentaban conquistar, dándose abrazos -que nunca llegaban- y mirándose con ternura, pero su separación era palpable, solo había que esperar.

La ficción de Manuel vino toreada por una pregunta de Ana.

- ¿No me hiciste ayer el amor como siempre?

El muro carnal que les separaba se desplomó, Manuel se giró sobre el cuerpo de ella.

- ¿A qué viene esa pregunta? Y no me vengas con el cuento de la curiosidad o cosas por el estilo.

Últimamente la mente de Manuel se instalaba en subterfugios que no conducían a ningún lado. Paranoias generadas a través de pensamientos rotos. Ana en ese momento no era más que una parte de su herida sangrante.

- ¿Tú cuándo sabes que amas a alguien?, preguntó ella.

- ¿Me estás pidiendo una definición de amor?, dijo él.

- Lo que creo es que te he dejado de amar, porque sino no tiene sentido hacerme esa pregunta.

- ¿Esto significa el final?

- No lo sé exactamente.

- ¿Y ahora qué? Nos separamos ¿O qué? No entiendo nada, ¿soy yo?

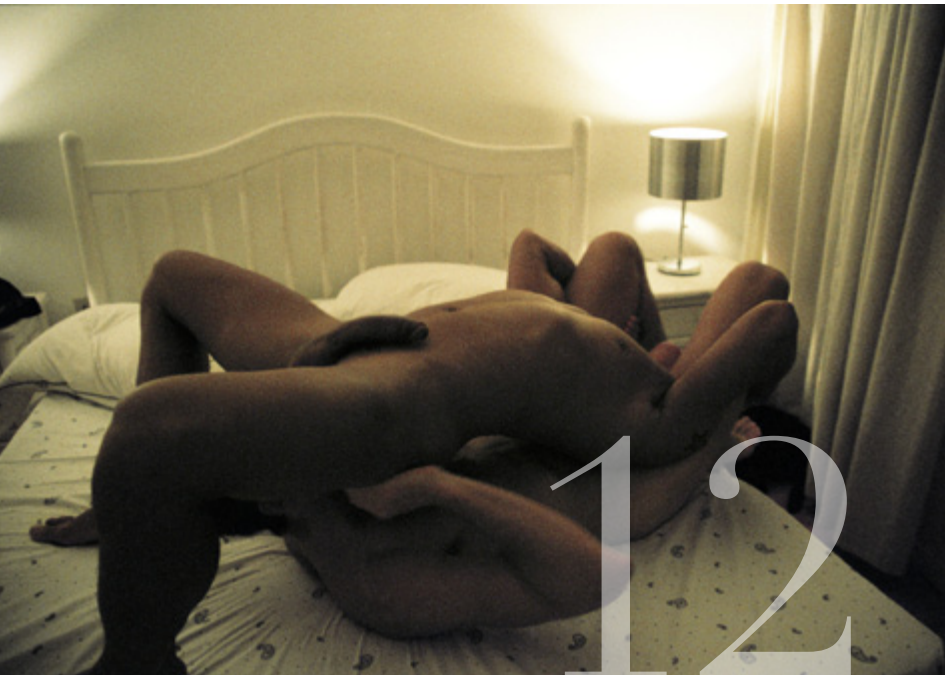
Preguntas retóricas que iniciaban una acalorada discusión. Pero Manuel optó por el silencio.

- Manuel, es nuestra relación la que está en juego, no es ninguna ficción. Cuando veas la realidad pasar por tu piel como la hoja de un cuchillo, entonces comprenderás por lo que estoy sintiendo. No soy la hoja en blanco de tus fantasías. Tu existencia es una lata de conservas, de recuerdos ajenos. No vives, ni ves ni observas, solo mimetizas la vida de los otros, jamás me has amado con autenticidad. ¿Qué me ofreces? Nada. Solo extrañeza.

Ana se vistió, recogió un par de maletas y cerró la puerta. No volvió la vista atrás, no hacia falta, ya lo había imaginado tantas veces que parecía que lo tenía muy ensayado. Más hermosa que una

diosa acondicionó la existencia de Manuel a puro simulacro en las próximas semanas.

Aquel domingo será recordado por ella por un sexo no realizado y una discusión inacabada. Y poco más.



Carne

Fotografía: Statue XX 2

Ante una situación de verse arrastrado por los instintos sexuales, te involucras en la noche para invadirte con ella en busca de caza, un cuerpo que te permita satisfacer tus apetitos más carnales. Y llegar incluso al placer de follar gracias a una mirada, unos ojos que te dirigen a un cuarto oscuro, un susurro al oído de un desconocido que te dirija hacia allí, por supuesto sin pagar, te incita al lujuria.

Aterrizar en una calle con media luz encendida, unos pasos que te acercan, tú le miras, y él recibe tu mirada. Algo mágico te hace ser cómplice de lo que ambos estáis pensando.

Un muro de una casa abandona finaliza lo que fue solamente del azar, un cuerpo con cuerpo, sexo con sexo lapidasteis unos sentimientos lanzados con fuerza de vuestro interior. ¿Qué entiendes por sexo?

Ambos eyaculastéis en el mismo punto exacto en el que pensasteis que os habíais corrido. Mentira, siempre hay uno que se adelanta. El deseo siempre aparece desordenado.

Terminaste, bajaste calle abajo, tu sombra no te seguía, la devoraste con ansia de hambre de cuerpos. Los crujidos del agua gracias a tus pasos evidenciaban una melancolía de triunfador, o por lo menos, de un instante quebrado. Compraste condones en una farmacia de guardia, tú ya sabías que lo ibas a necesitar. Seguridad ante todo te repetías.

Tú, incrédulo del SIDA forzabas a entrar a tu polla contra cualquier deseo, la penetrabas contra cualquier agujero con tal de obtener un orgasmo. Presa tras presa te adentrabas en tu teoría hedonista. Anticipabas con tu manera de ser a tu filosofía de vida, tenías prisa por alcanzarla, hoy no te atreves a frenarla. Y, ¿por qué? Porque no puedes, eres incapaz de amurallar tu sexo; lloras de rabia cuando rallan tus propósitos, tus conquistas. Eres semen en explosión, ves en el prójimo una relación de diez minutos, no das nada para prolongarla, egoísta, te

crees rey de lo que no eres, profeta de la panacea sexual, ves alucinaciones de orgias, sálvate ahora que tienes tiempo. No te das cuenta de que nunca te ha querido nadie, solamente a ti mismo te quieres. Puro egoísmo.

Con los bolsillos repletos de gomas protectoras te sentías afortunado de vivir en estos tiempos que corren de relaciones fugaces. Contabas una a una las distintas suertes de cada uno de tus amantes.

Un coche parado justo en la sombra de una farola te invitaba a entrar, aceptaste. Dentro una mujer dispuesta a ofrecerte lo que tú ya tenías en mente. Polvo elaborado sin mucho amor, elaborado con excesivo anonimato. Saliste bendiciendo al descubridor del sexo, pensaste, y te diste cuenta de que fue el hombre; por esta razón es por lo que intentas “amarles”. El coche seguía parado y tú te desplazaste a otro lugar más adecuado para continuar con tu acecho carnívoro.

Ya tenía localizado a la siguiente presa. Sentado frente a la barra de un bar le miraste de arriba abajo. Te acercarte a él, observaste a sus ojos esperando tu encuentro; pero no era suficiente, la luz mortecina del lugar te hizo dudar de tus intenciones, no obstante le terminaste besando.

En ti no hay más que soledad encubierta de falsos abrazos, cuyos nombres ya olvidaste desde el primer beso. Fuiste al baño para mear y un joven más desesperado que tú te hizo una mamada impresionante. La gente salía y entraba del baño con la misma indiferencia, que la boca del chico en mi sexo. Se tragó mi semen y desapareció.

Daban las cuatro de la mañana cuando las campanas sonaron; tu desdicha fue implacable, dormir solo esa noche. Te viste solo creyendo que era el comienzo de una etapa hacía la madurez. Pues te equivocabas porque hubo otras anteriormente, lo que sucede es que fueran ignoradas por tus ansias de sexo. Deseabas fusionarte en cada orgasmo y no te diste cuenta de que su suma te conducía hacia una soledad maldita, la de amar a todos y a ninguno.



Final del juego

Fotografía: Autoportrait After Loving

Estoy aquí, no me ves, soy tu esclavo, tu adorador de pecados malditos; llévame contigo a donde quieras, lejos de este mar de cristales rotos, cráter en el infierno; sí, ese espacio donde te instalas. Hazme ser partícipe de tu maldad. Matando con tu arma ajustada a tu pecho, ese corazón que no late porque fue devorado por las presas del odio y del rencor. Eres mi dios maldito, aquí me tienes postrado en esta mesa de sacrificios, imploro tu ser para vengar a la Tierra de la infinita injusticia que cae sobre los hombres.

Si mis venas y mi sangre limpiasen la costra solidificada de la putrefacción humana, mañana el sol irradiaría con tanta fuerza que derumbaría las sombras que tras de ella acechan. Desnudo, sexualmente descubierto, me presento ante ti. Balas asesinas no podrán herirme, solo tú, con tu caprichosa elección asesina podría desvanecerme. Caído del cielo despliegas tus alas sangrientas; ni gritos ni llantos te hacen retroceder, así te deseo yo.

Llévame contigo a ese lado negativo de tu ser, déjame ser tu mano que aprieta el gatillo, la bala que mata porque en la miseria terrena no encuentro mi destino.

Esperando te busco entre las cenizas de tus fuegos, entre el dolor ya hecho, entre esa espada que penetra el cuerpo, entre esa herida no cerrada, allí seguramente te hallaré, en el placer de lo maldito. Tus seguidores son aquellos que reniegan de la paz para combatir en la guerra, buscan un dios hecho a la medida de sus placeres. Humanos, como yo, que desechan las reglas de la muerte, corren detrás de ella, son conciencias vapuleadas por la violencia, enloquecidos por su poder de fascinar. Graban en sus memorias las imágenes más crueles para representarlas en sus vidas reales, monótonas, aburridas y que se ríen de ellos por jugar con su existencia.

Se sienten satisfechos de aterrorizar a las mentes, porque comprenden que el rey es aquel que otorga el perdón, no seré yo quien lo haga porque tengo el alma masacrada de odio. Por favor, acógeme en tu seno como niño desconsolado. Quiero fundirme en ti y aprovechar la ocasión de apoderarme de tu desolación. Solo siendo así tu pequeño aprendiz de carnicero comenzará el despertar de una conciencia, la de saber que ha muerto el afecto. Arrastrando el futuro a una próxima dimensión, quizás, donde los sentimientos ya no existan. Ser de la guerra, de la esclavitud, del horror, remolino que no cesa en mi interior, fiel insensato en enloquecida desesperación de sentirte. Aprendiendo a mantener tu esencia, me instalo en esta parte del mundo para gritar que le detesto, aborrezco cada capa de piel que de él tiro y arranco. Ya no tengo nada que recordar, nada que dejar, voy hacia ti porque en ti creo, contigo sí se puede comenzar un mañana. Solamente por eso apuesto por ti, una segunda persona de singular que derriba cada porción de carne de mí y le da sentido. Soy una escultura esperando a ser tallada por el mejor de los escultores, aquel que destruye su creación para crear otra más monstruosa.

Ahora que nadie sospecha y la noche se ha fusionado con nuestro destino, compláceme en llevarme contigo a ese lugar inequívoco donde las ciudades no poseen ríos de agua sino de sangre, y beber de ellos tu vida, prolóngame como brazo amputado para morir en una realidad que no sea la mía. Deja que vaya contigo esta noche, antes de que este mundo me asesine. Deja que alce mi cuerpo y olvide que un hombre es mortal, para eternizarme contigo. Ahora.



Idolatrías y demás enseres

Fotografía: L'Amant et Moi

- Café solo, por favor.
- Con azúcar o sacarina.
- Me da igual.

La camarera me dejó la taza encima de la mesa y me miró de reojo. Tenía pinta de decir que me habían dejado. Pero no dijo nada, solo se limitó a observarme.

Individuos que beben sorbitos de café, al igual que consumen sus vidas apurando el cigarrillo, me contemplan. Mañana estresante para un día laborable.

- ¿Qué haces esta noche?- balbuceé a la camarera.
- Eso depende.
- Depende, ¿de qué?
- De lo que ofrezcas.
- Un polvo, ¿es suficiente?

- Tentador, pero tengo novio. Bueno, aunque a él también le gustan los hombres, así que, si te apetece podemos hacer un trío.

Joder, sexo gratuito a la primera vuelta de tuerca. Yo quería ligar con ella, no su novio.

Dudé un instante, afirmando inmediatamente con la cabeza. Foliar con un tío sí que se iba a convertirse en todo un experimento para mí.

Las 0:00 en punto de la noche.

Aparqué el coche en el Athenas, el bar donde habíamos concertado la cita la camarera y yo. Parpadeó unos segundos las luces. E inmediatamente ella se me acercó y me dio una dirección. El sitio parecía ser una nave industrial abandonada, decorado con velas, todo muy rojo y muy satánico.

Bebimos vino, una, dos, tres botellas. El significado del tiempo era algo pasado, de otra galaxia. Nos tumbamos en la cama, follamos

un par de veces, parecíamos satisfechos, pero nunca saciados del todo. Queríamos más sexo.

Alguien entró, supongo que era el novio de ella. No estaba mal, buena pinta, masculino, fornido y carnal. Se unió a la bacanal tan pronto se excitó. Mi primer contacto con un hombre fue extraño. Uno penetraba al otro, el otro a ella y así sucesivamente como formando un círculo infinito de semen, fluidos y líquidos corporales.

Hartos de eyacular paramos para hablar un poco. La verdad es que no nos conocíamos de nada. Hablar me vendría bien para pensar en mí incipiente homosexualidad.

Aburridos nos dormimos; antes del amanecer me desperté el suave suspiro de una navaja. Me hallé atado de pies y manos, la pareja folladora dispuso cuerdas por cada extremidad. Dispuesto en forma de Cristo rajaron mis venas para que la sangre goteara sobre los recipientes. Instantes después oía frases en latín. Parecía una misa negra de principiantes.

Desollado vivo no pude terminar esta historia porque fallecí.
Así que el resto solamente te lo podrás imaginar.



La conquista del espacio

Fotografía: Tropical Love II

Saber que el cielo puede esperar, saber que siempre existe algo dentro de nosotros que nos impulsa a vivir ciegamente en este mundo diseñado con la perfección e imperfección de los días, que sin querer se suceden y encaminan hasta el mismo punto donde no queremos que nos deje, es decir, la muerte.

Es curioso, al cielo lo llamamos muerte, bonita forma de denominar lo que aún no se conoce, de hacer bello lo misterioso, pasear por esta cúpula azul, pero que realmente es negra, ya que el sol nos engaña, que nos cubre cada vez que lanzan la mirada a lo que no sabemos.

Sí, ese infinito cielo y esa mirada que se pierden en algún momento en el que se cruzan, son donde la muerte se nos escapa de las manos, mentes y cuerpos para dignificar o glorificar, según se mire, el acto de morir. Claro, ahora entiendo, las estrellas son las velas que se encienden para los difuntos.

Por otra parte, llamamos infierno a eso que permanece bajo tierra, es la misma tierra que Colón descubrió, y que el pueblo exyugoslavo sembró de sangre y los nacionalistas la califican como suya. Una tierra que gracias a ella crecen las verduras, las frutas y la misma que alimenta al hombre. Qué pequeña contradicción. Será cierto que entonces los humanos comen el infierno y miran al cielo para conseguir el paraíso.

Miramos a los muertos enterrados bajo metros de tierra, cuyos ojos se disponen paralelamente al cielo, el mismo que no se sabe con precisión vive ese Dios cristiano, budista, judío (que llegará en cualquier momento) y de la mayoría de las religiones.

Sin embargo, la humanidad se predispone a doblar la esquina, me refiero al tercer milenio, proyectando cohetes a Marte, intentando demostrar científicamente la existencia humana, la de Dios y de otros seres en la Luna o Júpiter. Pero siempre con la vista puesta en ese es-

caparate de maravillas celestiales, símbolo de la redención, el Paraíso o la eternidad. Y olvidando que aquí, en la Tierra, se continúa girando sobre sí misma, en espacios de un día, y sobre el sistema solar (un año), y vete tú a saber sobre quizás más.

El hombre delira sueños de grandeza esclavizando al prójimo, ya no con un látigo, como la historia ya nos tiene acostumbrados, sino con dinero, que le hace arrogante y siervo de causas que parece el demonio domina.

Si fuera cierto, que el cielo es el paraíso y la tierra el infierno, y que verdaderamente de la tierra el hombre se alimenta, podríamos resumir que los males del hombre son comestibles, y que la única solución sería la abstinencia alimenticia. No obstante, semejante tontería jamás se me podría confirmar; por ello cierro este breve encuentro entre tú y yo, diciéndote lo invisible que resulta separar los conceptos de cielo/infierno. Y en esa confusión, el espíritu del hombre que combate con sí mismo por mirar al cielo, indica optimismo. Y no baja la cabeza porque significa derrota, pesimismo, el mismo infierno, el lugar de los muertos.

Y es que en todas las civilizaciones se ha olvidado que el hombre ha evolucionado. O quizás no tanto. La vida antes no valía nada y ahora tampoco.

Ahora que dicen que lo que se lleva es la economía global, un cruce de mapas económicos de pobreza y desigualdad, borrando toda esperanza al progreso. Ese nuevo opio del pueblo, que lleva por nombre dinero, es un mercenario letal que ha olvidado el lugar donde se entierren a los muertos.



El principio

Fotografía: Esto no es broma

Cuando termine todo, ella cambiará por fin de vida, recorrerá aquello que le fue prohibido, viajará por lugares que su mente imaginó. Nada volverá a ser igual para ella.

Firmó el divorcio como si ya lo hubiera hecho anteriormente, su abogado le felicitó por el reparto de bienes, en su cara se sospechaba las ganancias a repartir no solo por ella sino por los dos. Un portazo partió en dos segmentos su vida. Comenzó en el mismo punto donde la dejó, con 22 años y cuerpo joven en busca de felicidad.

Su matrimonio extorsionó al tiempo con desgracias. Sin hijos, sin compromisos se alejó de ese pasado, rompió para enlazar con algo que se perdió en el camino.

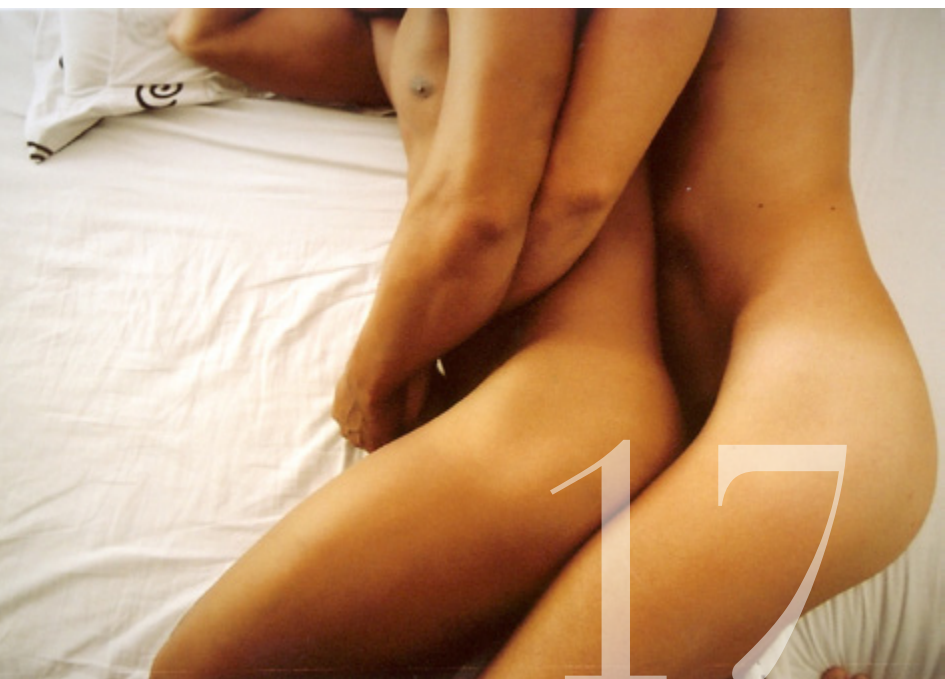
Vestía discreta, conjunto negro de zapatos de tacón y un escote que brillaba por su piel blanca de humillación por haber perdido la juventud, arrugas que delataban la presencia omnipresente del verdugo pendular, el tiempo.

Un tiempo que devora las células jóvenes, asesinando la belleza, como no, pasajera.

Firmó el final del principio, ella veía a su exmarido como alguien que quebrantó su inocencia. Él no era un mal marido en el sentido estricto, no la maltrataba, no la golpeaba, no abusaba de su autoridad, simplemente no la hacía feliz, ya no se reían como antes.

El juego se terminó cuando la sonrisa se apagó de sus labios, por decirlo de alguna manera, su matrimonio se extinguió ante la presencia inquisidora de lo cotidiano. El día a día quemó, fumigó, reveló aquello de especial que tenía su marido. Nada.

Ella firmó su divorcio con la esperanza de que algo cambiara, pero ¿y si queda todo igual?



Lo mejor de mí

Fotografía: Tropical Love I

Está noche será la última que pasaré en casa. Abandonaré a mi marido para renunciar de una vez por todas a la mediocridad de nuestra relación. Cuando él duerma, cogeré las maletas y me marcharé hacia otro lugar donde me sienta más satisfecha.

Me siento vieja cuando no debería ser así. Soy joven y no tengo porque seguir detrás de un hombre que no me ama. No son imaginaciones mías, lo comprobé el otro día cuando le seguí a un hotel en el que le esperaba su amante.

Cansada de esperar a que me vuelva a amar como antes. Hoy, por fin, me marcharé de aquí con la esperanza de reencontrar mi dignidad. Le he dado tanto que me quedé sin nada para mí.

En una ciudad, como en cualquier otra, una pareja discute. Tanto ella como él no llegan a un solo punto en común. Ambos comparten la misma cama, pero con distintos sentimientos. Distantes e inquietos se nota que solo son las discusiones lo que les une.

Una habitación sin presencia, adquirida con el tiempo a base de colocar cuatro muebles de diseño y que refleja la precariedad emocional de la pareja. También el espacio es decorado con una vulgar lámpara comprada en unos grandes almacenes que ilumina una cristalera de diseño clásico.

Ropa interior femenina colgada en el picaporte de la puerta y unos calzoncillos colocados debajo del tocador dan un toque sexual al dormitorio repleto de noches desfogadas por puro compromiso.

Ellos forman un matrimonio anquilosado en la barrera de lo nuclear. Uno al otro alternaban miradas pasajeras, rasgadas. Espalda contra espalda, sus voces tenían desde el comienzo de la mañana una oposición; ya no había placeres con que deleitarse.

Puede parecer increíble escuchar a dos muertos follar; no obstante, más increíble es acostarse con una persona que no amas. Es un

ruido estrangulador, metálico, muy mecánico y premeditado, primero un quejido después un placer fallido. No hay revelación ni epifanía, ni tan siquiera una mínima expresión de emoción humana. Un amor que da todo y no recibe nada. Ellos tenían ese tipo de relación distendida y amarga a la vez. Sí se querían, pero no se comprendían. Sus auras despedían millones de estrellas sin darse cuenta, en cambio la oscuridad azotaba a sus vidas.

La mentalidad de Ana procedía de un ámbito cultural represor, cercenada por el yugo de la resistencia y la negación del deseo. No es que estuviera enamorada de él, más bien se sentía atada, era algo que ni ella misma podía explicarlo. Tenía la sensación de la presión social de su familia le obligaba a estar con su marido, aunque realmente ella ya no quisiera estar con él.

Manuel, un analfabeto emocional de cartilla, era un tipo de hombre moderno, cariñoso, aunque reservado con sus sentimientos. Poco hablador y serio. Era un tecnócrata convencido con fuertes ataques de irracionalidad, la contrariedad era la mejor característica para definirle. Culto, pero a la vez que simple, hacia introspecciones filmicas a su repertorio emocional para mimetizarlas y hacerlas suyas. Buceaba en un mundo onírico, de recuerdos y vivencias ajenas para conseguir un arranque vital que jamás intuía que pudiera tener.

Lo más cercano al dolor que conocía era las pulsiones de una cámara de cine en una sala a oscuras, simulación de un cuadrilátero ficticio. Como ser metódico no salía de una realidad programada en el su agenda se amparaba por su trabajo de oficina: de 9:00 a 14:00 y de 17:00 a 20:00 horas, de lunes a viernes. El cambio era una palabra tabú para él. No lo consideraba como una posibilidad en su vida.

Descansaban plácidamente en su cama, separados y distantes, como si de dos satélites se tratase. Mantenían una conversación trivial sobre la posibilidad de comprar un nuevo frigorífico; mientras ella leía una revista y él terminaba de ver una película que emitían por televisión. Ambos se refugiaban en el silencio más de lo debido formando un verdadero contendor de emocional repleto de reproches a punto de explotar con todos sus odios y rencores.

Ella apagó la luz de su mesilla. Él abrazó su cintura con la esperanza de mantener un contacto físico con su mujer. Desnudos se dispusieron a buscarse su sexo para completar aún más su incomunicación.

Sus cuerpos describían dos formas plásticas, como látigos verticales o mástiles ferrosos: fríos, cromados de distancias orbitales uno

del otro. Tanto Manuel como Ana jadeaban mecánicamente, lo que en tiempos mejores hacía incendiar cualquier pasión, ahora solo era un desamor oxidado. Cuerpos que ya no detienen la línea del tiempo para contemplarse, simplemente producen indiferencia.

Manuel tenía ganas de hacer el amor a su mujer, pero al pensarlo otra vez concluyó que el mero hecho de ser tangible, real y repetitivo era un síntoma de que el matrimonio no funcionaba con normalidad. Siempre él iniciaba la relación sexual, esperaba ansioso que alguna vez fuera ella quien tomara la iniciativa.

El temor a lo desconocido les impulsaba a arrinconar sus sentimientos. Jamás con tanta incomunicación se habían dicho tanto. El cráter de sus vidas era visible hasta en la cama, separación que debían compartir con lo diario, alejados uno del otro veían su ruina dolorosa del desamor, aunque ninguno se atrevía a mencionarlo. Un finiquito que inundaba ríos sangrientos de tristeza y nostalgia de tiempos pasados felices. Pero Manuel y Ana luchaban por encontrar, en sus inequívocas soledades, un punto de unión.

Dos personas atadas por el compromiso, compartiendo la misma frustración e incompatibles como pareja, marcaban su intimidad a través de heridas cercenadas de dolor. Es cierto que se intentaban conquistar, dándose abrazos -que nunca llegaban- y mirándose con ternura, pero su separación era palpable, solo era cuestión de tiempo materializarse.

Los labios de Manuel fueron apartados de la boca de Ana por sus dedos, cuando ésta le preguntó la razón de por que había dormido en el sofá las últimas noches. El muro carnal que les separaba se desplomó, Manuel se giró sobre el cuerpo de ella.

- ¿A qué viene esa pregunta, Ana?

Y no me vengas con el cuento de la curiosidad o cosas por el estilo.

Últimamente la mente de Manuel se instalaba en subterfugios que no conducían a ningún lado. Paranoias generadas a través de pensamientos rotos. Le aterraba que algún día ella le abandonara. Pero no se atrevía a decirle que tenía a una amante porque sentía la necesidad de buscar un contacto físico con otra mujer, ya que ella se lo negaba. Se miraron a los ojos, pero él no dijo nada.

- ¿Tú cuándo sabes que amas a alguien?, preguntó ella.

- ¿Me estás pidiendo una definición de amor?, dijo él.

- Lo que creo es que te he dejado de amar, porque sino no tiene sentido hacerme esa pregunta.

- ¿Esto significa el final?
- No lo sé exactamente.
- ¿Y ahora qué? La separación, cada uno por su lado, odio, rabia, resignación ¿qué? No entiendo nada, ¿soy yo?

Preguntas retóricas que incitaban una acalorada discusión, que ninguno de los dos estaba dispuesto a formar parte.

- Manuel, es nuestra relación la que está en juego, no es ninguna ficción. Cuando veas la realidad pasar por tu piel como la hoja de un cuchillo, entonces comprenderás por lo que estoy sintiendo. No soy un artificio ni el argumento de una de tus fantasías.

Tu existencia es una lata de conservas, de recuerdos ajenos. No vives, ni ves ni observas, solo mimetizas la vida de los otros, jamás me has amado con autenticidad. ¿Qué me ofreces? Nada. Extraño que me amen.

La casa estaba completamente a oscuras. Este era el momento perfecto para abandonar esta casa y alejarme de mi marido. Dos décadas es mucho tiempo para darse cuenta de lo que te importa.

Como todas las mañanas él se levantará, cogerá la bicicleta para ir al trabajo y se despedirá de mí con un beso mientras yo tomo un café en la cocina. Pero eso mañana no va a ser así, será distinto porque yo no estaré, me habré marchado a vivir a otro lugar.

Sentada en el baño pienso en mi nueva vida que está a punto de llegar, en todas las posibilidades que me ofrece. Y me siento con miedo, consciente de que no es fácil olvidar todo un pasado solo con desecharlo.

Nunca es una decisión fácil abandonar a alguien.

Ana se vistió, recogió un par de maletas escondidas en el trastero, y cerró la puerta del dormitorio. No volvió la vista atrás, no hacia falta, ya lo había imaginado tantas veces que parecía que lo tenía muy ensayado. Más decidida que nunca acondicionó la existencia de Manuel a puro simulacro en las próximas semanas.

Aquel día será recordado por ella por el comienzo de una nueva conquista de libertad.

Cuando termine todo, ella cambiará por fin de vida, recorrerá aquello que le fue prohibido, viajará por lugares que su mente imaginó.

Nada volverá a ser igual para ella.

Meses más tarde ella firmará el divorcio como si ya lo hubiera hecho anteriormente. Vivirá en la otra parte de la ciudad, con el mismo trabajo de siempre, pero sola en un pequeño apartamento residencial.

Recorrió por última vez el pasillo que daba acceso al salón de su casa, miró la luz que despedía el acuario, su lugar favorito, un regalo

que compraron hace dos años por su aniversario. Todo parecía extrañamente normal.

Cerró la puerta de la casa. Suspiró y bajó las escaleras teniendo la sensación de perseguir lo que siempre había deseado, ser ella misma.

Un portazo partió en dos segmentos su vida. Y empezó a vivir en el mismo punto donde aparcó sus sueños, para vivir los de su marido, traición hacia sí misma que nunca se perdonará.

Su matrimonio extorsionó al tiempo con desgracias. Sin hijos, sin compromisos se alejó de ese pasado, rompió para enlazar con algo que se perdió en el camino.

Vestía discreta, conjunto negro y zapatos de tacón, escote que destacaba por su piel blanca, resignada al paso del tiempo, en el que hacía visible unas arrugas que añoraban su juventud.

Firmó el final del principio, ella veía a su marido como alguien que quebrantó su inocencia. Él no era un mal marido en el sentido estricto, no la maltrataba, no la golpeaba, no abusaba de su autoridad, simplemente no la hacía feliz, ya no se reían como antes.

El juego se terminó cuando la sonrisa se apagó de sus labios, por decirlo de alguna manera, su matrimonio se extinguió ante la presencia inquisidora de lo cotidiano. El día a día quemó, fumigó, reveló aquello de especial que tenía su marido. Nada.

Ella firmó su principio de libertad con la esperanza de que algo cambiara, pero ¿y si queda todo igual?

Al día siguiente

Como cada vez que me levantaba de la cama sentía las ganas de huir, escapar de este destino emocional que me tenía preparado mi vida en común contigo. Y por fin lo he logrado. He escapado de ti, de tus rutinas, de tus manías y de aquello que más aborrecía de nuestra convivencia; la indiferencia.

No necesito llaves secretas ni esperanzas fugaces que me transporten a lugares distintos a nuestra casa. Ya nada tiene sentido desde que se que no me quieres a mi, sino a lo que represento, tu mujer. Quiero dejar de ser tu sombra para convertirme en sol.

Ayer, bajando las escaleras de casa tuve la sensación de que por fin me alejaba de ti, empezaba a sentirme viva por primera vez en mucho tiempo, algo en mi interior me impulsaba a escapar de ti.

Ahora me circula sangre por las venas, mis pies no se detienen ante cualquier ley ni muro, solo aspiro a liberarme de tu recuerdo.

Camino por una ciudad más concurrida de lo normal; me detengo allí donde la chispa de una sonrisa anónima enciende la llama para que vea el lado positivo de mi pequeña traición. Salgo por fin de un espacio que me ahogaba, ya no miro hacia atrás, solo detengo mi mirada en la extensa galería de luces que evaporan momentáneamente mi angustia de libertad.

Tráfico, gente pululando de un lado a otro sin saber muy bien cual es su dirección. Todo es tan absurdo. La rutina, ese abismo que nos ancla en lo conocido, el saber que existes y que no entiendes donde exactamente te ubicas.

Me es indiferente la época y el lugar, lo único que tengo claro es que quiero alejarme de todo lo que fui anteriormente. No desearía caer en los mismos errores que cometí estando contigo. No quiero que la indiferencia dicte mis emociones.

Meses más tarde

Tu voz me resulta extraña, incluso hasta me incomoda. ¿Eres tú, Ana?

Un recuerdo pasado y maldito me envuelve con tu voz. Hace tiempo que no hablábamos. Quería dudar de mi odio, no dilatar ese sentimiento para luego esconderlo. Comencé siendo diplomático.

- ¿Cómo estás?, dije.

- Manuel, me voy del país durante una temporada.

- Hace meses que no sabía nada de ti. ¿Quieres que te acompañe al aeropuerto?

- Perfecto, nos vemos allí.

Pasajeros de idas y venidas perfilaban nuestro contexto, maletas repletas de sueños embarcaban en el bullicio del aeropuerto. Cuando un avión despegababa, otro aterrizaba. Así noche tras día, día tras noche.

Tú y yo éramos como uno de tantos viajeros que se reencuentran en aburridas salas de espera. Pero en esta ocasión era una despedida en toda su dimensión.

Ana me dijo:

- ¿Sabes qué era mejor que nos separáramos que seguir juntos?

Nos faltó el amor. Hemos estado juntos durante más de veinte años y ya nos queríamos. Éramos pura rutina emocional. Por esa razón me marché esa noche para que nos pudiéramos conceder la oportunidad de volver a empezar. A veces los incendios emocionales permiten construir otro tipo de vida y compartirla con personas que de verdad se sientan queridas.

No pienso volver a esa vida. Tenía que abandonarla, dejarla atrás. Empezábamos a ser como dos extraños y no deseaba que eso pasara.

Que me fuera así, es lo mejor que nos ha podido pasar a los dos. ¿No crees?

No te sientas traicionado. Nuestra relación ya no funcionaba, nos faltaba algo.

Tengo más de 40 años, no me sentía querida, solo era una mujer vacía, casada con un hombre que no le atraía en absoluto. Manuel, te dejé de querer cuando me dejé de hacerlo a mi misma.

Ana continuó explicándole que era necesaria la separación para buscar la felicidad. No eran felices juntos.

Pero Manuel no sabía otra forma de amarla.

Las palabras que ella me susurraba a la oreja se atrincheraban en mi memoria. Muchos recuerdos se me venían a la cabeza, todos con ella a mi lado. ¿Qué voy hacer sin ti?

¿Por qué me abandonas?

Cuando te pasas media vida con alguien ya no te perteneces solo a ti mismo. Me cuesta estar sin ti.

Ana le respondió.

- Lo mejor de mí, soy yo. ¿Aún no te has dado cuenta?

No soy una fantasía ni tu sueño, soy una mujer que desconoces y que ni siquiera te has atrevido a conocer. Y solo a través de mi ausencia te has percatado de que me quieres.

Se despidieron con un abrazo, sintiéndose unos completos desconocidos.

Mientras, el sonido de los motores de un avión ponía la banda sonora a sus recuerdos.



Liquidación por reforma

Fotografía: Azul Taiwan

Una mañana, como otra cualquiera, tu vida puede cambiar, no sabes ni cómo ni porqué, pero puede cambiar. El destino está más escondido de lo que creemos. No todo lo visible es transparente. No todo lo real es realidad, porque solo soñamos cuando vivimos.

Una mañana, como otra cualquiera, tú elegiste. Una mañana, como otra cualquiera, apostaste por vivir, tomar un rumbo y cabalgar como un John Wayne más por las praderas urbanas.

Una mañana, como otra cualquiera, tus ojos y los míos se cruzaron. El silencio era nuestra mejor baza de comunicación, y ese era el pago al chantaje para vivir.

En la guerra hay tres opciones; luchar, rendirse o armarse. Nosotros elegimos todas a la vez. Provocamos a nuestro instinto para sobrevivir, y apelamos al autoengaño como la mejor arma para defendernos de nosotros mismos.

Una mañana concreta, un 27 de agosto de 1997, tus ojos y los míos se cruzaron. Una mañana concreta y precisa, tú y yo comenzamos a ser nosotros. Decidimos plantar semillas en otro terreno. Fue así como yo lo recuerdo, con una lluvia intensa y un cielo gris.

Una mañana concreta y señalada, tú y yo cogimos el timón de nuestras vidas, para remar por océanos que aún desconocemos. Ambos somos cómplices del azar que hemos elegido.

Una mañana concreta, precisa, pero indecisa, nosotros dijimos adiós a nuestra infancia. Arrematamos nuestro destino a golpes para construir otro hogar.

Fue esa mañana, y no otra, cuando emprendimos la marcha hacia la libertad, la que realmente nos haga sentir que somos partícipes de la construcción de nuestro propio futuro. Y que nadie diga que ha sido un regalo, ser adulto es una conquista, no una liquidación por reforma.



Over the Rainbow

Fotografía: Ready

Acercarnos a esa vieja tendencia de contar historias es ir a parar al rincón de las raíces. Un cuento se proyecta más allá de la mera moralidad, se deja arrastrar por la corriente de la imaginación y vuela sobre el arco iris. Pero los protagonistas de los cuentos tienen su propio país, llamado Totemlandia. Un país abierto de fantasía y color, un reino que no posee rey, un pueblo que no habita, un lugar sin leyes donde todo es lo contrario y lo contrario es lo correcto.

Un territorio donde Frankenstein es el canon de la belleza y los sueños son pesadillas. Lo malo es lo bueno y lo bueno es lo malo y el final no el típico con el príncipe sino con un enanito. Sus casas no son de barro, son de estiércol, el olor no es de perfume sino de orina. Un país donde la posibilidad no termina con la palabra y el amor no siempre triunfa sobre la mentira. El engaño es lícito y la verdad es lo prohibido. El lobo feroz no es el asesino, es simplemente un lobo. Y Alicia ya no corre detrás del conejo blanco porque su reloj se ha parado en Totemlandia.

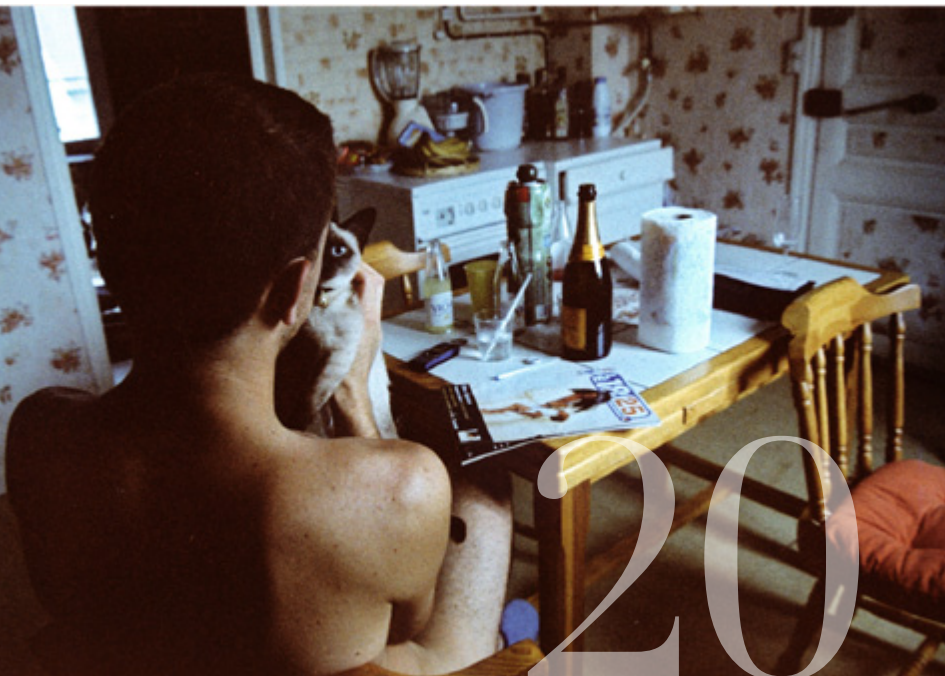
Sus habitantes no creen, no viven, no mueren, son asesinos amantes, piadosos, arrogantes y todo eso en un mismo saco. Cada cual se acepta tal como es, no intenta aparentar ser otro. Es allí cuando los temores se confunden con la valentía, donde ser humano es sinónimo de humanidad, es decir, un ser que en sí mismo puede contener de todo.

Totemlandia no necesita ídolos en los que seguir manteniendo su fe, porque su fe es ver al vecino como realmente es, y aceptarlo. Por supuesto, Dorothy ya no vive allí porque se ha mudado a Arkansas, pero Totó se ha quedado, librándose de su esclavitud.

Un país, sin límites geográficos, sin dinero, donde el rico es pobre y viceversa. Un país inventado, intervenido por el clan de los tres cerditos. No hay ejércitos y los muertos viven y los vivos mueren. Un mundo construido al revés del terrestre, donde las historias no acaban nunca porque siempre empiezan.

Totemlandia es el país donde la lógica no existe. Solo allí se permitió que Guillermo Tell fallara y a Caperucita Roja fuera a revolcarse con el leñador, en vez de llevar comida a su abuelita. Aquí lo mágico es lo cotidiano, lo especial es lo vulgar.

Peter Pan se confundió al fundar Nunca Jamás porque el país encima del arco iris permite el recuerdo, la nostalgia y el pecado.



Primer Día

Fotografía: La mirada del otro

Como cada vez que me levanto siento las ganas de huir, escapar de este destino angustioso. Un trabajo agónico y un callejón sin salida es la rutina diaria que me azota cuando los rayos de sol me despiertan. No necesito ni llaves secretas, ni esperanzas que me hagan transportar hacia lugares distintos- Bajando escalas escapo de mi mismo para ir detrás de algo que me impulsa a seguirlo. Me hierven las venas, mis pies no se detienen ante nada ni nadie, solo aspiro a zanzar de una vez por todas esta frustrante sensación de quietud.

Camino a paso lento, me detengo allí donde la chispa de una sonrisa anónima enciende las ganas de cambiar. Salgo de una ciudad que me retenía e intento no mirar atrás, quedar atrapado en la telaraña de luces, tráfico, gente pululando de un lado a otro sin saber muy bien cuál es su dirección.

Todo es tan absurdo, la rutina, las miradas, el saber que existes y que no entiendes muy bien donde exactamente te ubicas. Me es indiferente la época o el lugar, lo único que tengo claro es que quiero alejarme. No desearía caer en la vulgaridad de andar en el mismo sentido día tras día, pasear en las calles atestadas de público, sin fijarme en nada; eso es la urbanidad, una carga uniforme de visiones donde la gente no se detiene a observar lo que le separa del vecino. Esperamos ser uniformes, comunes, y lo distante se rechaza ipso facto. Esa es una de las razones de mi huida; me siento extrañamente masa, no me identifico con nadie, quizás por eso sea yo mismo, cosa que muchos humanos no se atreven a revelar lo que son, único, irrepetible. Busco en el alejamiento del lugar que me vio nacer un abrazo con nuevos destinos que no terminen en la frontera que me delimita la publicidad, la clase media, la televisión o cualquier cosa similar.

Cuesta romper con uno mismo y con los lazos del pasado; pero me apetece saber en quien soy.



Si vivo es por ti

Fotografía: No te puedo sacar de mi mente

Una lista en la que se incluye mi nombre, un saco cuyo interior tiene tres posibilidades, las mismas que yo descarto. Es muy fácil hablar de uno mismo porque es lo que más a mano que se tiene.

Egoísmo vital de echar mano a lo que uno ya sabe, ser dios de tu propia vida, jugar con ella a los dados y ganar siempre. Apostar por ti, solamente tu sabes cuanto vales. Ponte precio. O acaso ¿eres de los que no te vendes? No seas ridículo. Hoy todo el mundo tiene un precio. ¿Piensas que piensas que a ti no te puede pagar nadie?

Así empecé a prostituirme, dejé de ponerme precio para que me lo pusieran otros, como tú, somos productos sexuales, a la vez que represento mejor la demanda de tus deseos.

A ti me vendo, ante ti me cuestiono, soy una transacción económica de tus orgasmos. Hazme sentir nadie, como tantos otros que no me follan, solo me joden.

Sí, no me mires con esa cara de no saber de qué te hablo, soy el ascensor que asciende a tus infiernos, a ese otro tú que aún la gente no ha descubierto.

Págame pronto, rápido, con esa dinero que conservas de final de mes del sueldo que tu mujer no se ha dado cuenta que guardas para mí. Miénteme como a cualquiera, dime que me quieres aunque solo sea mientras me follas.

Hoy estoy que no me guardo nada, eres mi tercer cliente y necesitaba explotar, hablar, hoy debiera pagarte yo a ti por escucharme. Ya no hace falta que me pagues porque ya lo hago yo por ti.

Te desnudas fríamente, y rápidamente me observas como avergonzado; una orden y yo postrado a tus pies.

Ciego, y no de amor precisamente, me siento. Querías un placer inmediato comercializado en cualquier esquina de una vieja calle; allí

me buscaste esa primera vez y las que siguieron, no era por comodidad ni por rutina, sino porque sabía hacer las cosas como a ti te gustaban, a tu modo. Siempre a tus órdenes. Disponible y obediente.

Una lámpara desnuda, desprotegida de toda lesión me abrazaba con su luz y una cama puesta por el servicio de una pensión sucia, era el fondo de una historia de amor transitada en monedas.

Tú allí con tu vida y yo aquí con mi puta existencia, tan lejanos, tan distintos, tan opuestos, tú tan realizado y yo tan prostituido, sintiéndome carne de tu propiedad.

En mi saco no hay más de tres posibilidades, tres opciones para poner rumbo a mi vida en otra dirección. Elegir la primera sería continuar, la segunda, finalizar, y la tercera, la incertidumbre.

Por eso, mi nombre aparece en la lista, un papel en blanco con mi nombre en negro, un negro de la mala suerte, un nombre entre millones de ellos porque soy uno más dentro de los innumerables que hay.

Y tú tumbado en la cama, contando mis posibilidades, y yo sin saber qué hacer, aguantado tus embestidas contra la pared.

¿Por qué me haces sentir como una puta? ¿Por qué buscas en mí lo que ni tan siquiera tu mujer no te ofrece? No me mientas, puedo ver que tus ojos apartan la vista cada vez que disfruta de nuestro sexo.

Aún sigo canjeando mis opciones, y yo sin elegir porque sigo igual que ayer, que hoy y posiblemente que mañana. No hay continuación, no hay final, solo incertidumbre de que esta noche, estoy completamente seguro, no vas a escribir mi nombre para meterlo en el saco.





Fotografía: Statue XX

DOZE

www.doze-mag.com